

asesino? ¿Por qué á Bismarck se le llama *el Grande*, cuando ha ahogado en sangre á los franceses, y los ha extenuado á fuerza de tributos, y ha reído ante los niños moribundos y ha mentido innoblemente, y en cambio se persiguen como á salteadores y como á feroces criminales á los que lo imitan en proporciones infinitamente más reducidas?... Mire, mi joven amigo, si usted triunfa y por virtud de su serena é inflexible energía aplasta á esa sociedad secreta y nos libra de ella, todos le pondrán en las nubes. Pero, fíjese bien: si, á pesar de esa energía y de ese celo, le ocurre un fracaso; si en cualquier periódico francmasón lo hacen pasar por un faccioso; si juzgan la energía como imprudencia, y el celo como fanatismo, todos mirarán á usted como á un desequilibrado y preguntarán rabiosamente: "¿En qué está pensando el obispo, cuando deja á los jovenzuelos empuñar las riendas y guiar el carro del sol?" Hoy, como en los tiempos de Pitt, es gran crimen el ser joven. Sólo el éxito puede borrar ese vergonzoso estigma.

Ya sé que cuanto estoy diciendo, tiene reminiscencias paganas; y porque lo sé, no quisiera defender todas estas ideas. Creo, con ese amadísimo filósofo descalzo, con Francisco de Asís (que para mí vale cincuenta veces más que Aristóteles, como Kempis vale cincuenta veces más que Platón), que un hombre es, en realidad, lo que es á los ojos de Dios, y nada más. Me limito, pues, á someter al juicio de usted este problema de orden especulativo, para impedir que el ingenio de usted se atrofie durante las largas veladas del invierno. No se apresure á darme la respuesta. Le concedo un plazo de seis meses, y al cabo de ellos, estoy plenamente convencido de que se arranca usted la lengua y se la echa al gato.

(Continuará)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año IV—Vol. IV { Octubre 1.º de 1909 } Núm. 21

VICARIATO DE ROMA

(Prohíbese á los eclesiásticos la asistencia á funciones públicas de cinematógrafo)

Uno de los principales deberes de nuestro cargo es vigilar para que no se introduzcan en el clero costumbres que no se compadecen con la santidad ni con el decoro del estado eclesiástico. Y siendo como es notorio que algunos eclesiásticos así del clero secular como del regular asisten frecuentemente á funciones públicas de cinematógrafo, que son casi siempre irreligiosas é inmorales, creímos de nuestra incumbencia informar sobre el particular al Padre Santo, á fin de que se dignara proveer oportuna y eficazmente á la extirpación de tal abuso.

En nombre, pues, del Romano Pontífice y con la autoridad que á este fin nos ha sido concedida, recordamos al clero la obligación de no concurrir á los teatros públicos, y prohibimos particularmente á los eclesiásticos de uno y otro clero la asistencia á los lugares destinados en esta ciudad á las funciones públicas de cinematógrafo, sin que nadie pueda creerse eximido de esta prohibición.

Por voluntad expresa del Padre Santo declaramos que si alguno ó algunos de los eclesiásticos de uno ú otro clero contravinieren, lo que Dios no permita, á estas disposiciones, procederemos contra los transgresores imponiendo las penas canónicas, aun la suspensión *a divinis*.

Roma, 15 de Julio de 1909.

PEDRO Card., VICARIO

Francisco, Canónigo—Faberí, Secretario.

EL MODERNISMO

Con ocasión de los aniversarios de la elección y de la coronación de N. B. Padre Pío X, acaba de publicar *El Universo* de París una de las más brillantes páginas de la obra que lleva por título *Los dos Syllabus, de Pío IX y Pío X*, escrita por el Sr. Emilio Keller. La parte publicada en *El Universo* es la siguiente:

“Los deplorables excesos en que la razón humana ha caído por haberse rebelado contra toda autoridad cristiana, y los delitos perpetrados por la tiranía judío-masónica, eran parte á infundir esperanza de que los pueblos horrorizados de tan malas resultas, tornaran á la verdad que los hace libres. Pero el enemigo ha comprendido que para alcanzar victoria sobre el catolicismo no debe luchar con él á pecho descubierto, sino buscar entre los católicos, algunos que trabajen por desvirtuar la doctrina transformándola. En una palabra, el enemigo há menester traidores que entreguen la fortaleza de la religión.

Para lograr tal fin, el liberalismo, disfrazado con el nombre de modernismo, se esfuerza en penetrar hasta el corazón mismo de la Iglesia, y á su impía labor ha asociado no solamente muchos seglares sino aun sacerdotes, ya que estos son los encargados de instruir y de guiar á los fieles.

Los novadores, cuyas opiniones son en casi todo contradictorias, están de acuerdo en sostener que en la Iglesia, como en la sociedad civil, el pueblo es soberano; y que las verdades sucesivamente formuladas, transformadas y rejuvenecidas por la conciencia universal son materia preferente de las enseñanzas que debe dar el clero. Para comprender estas verdades, dicen, es necesario, prescindiendo por completo de las añejas prohibiciones del *Índice*, de la crítica y de la interpretación de la Santa Escritu-

ra, estudiarlas y explicarlas libremente, pues así se efectúa la evolución progresiva de los dogmas y de la moral.

Entre la turba de rebeldes los hay que calzan muy diversos puntos, desde aquel que se contenta con burlarse de los milagros, de las devociones populares y de los hechos maravillosos narrados en la Biblia, hasta el que niega descaradamente la divinidad de Jesucristo, la institución divina de los Sacramentos, la veracidad del Antiguo y del Nuevo Testamento, y para quien la Iglesia no es sino mera invención humana, brote espontáneo de las conciencias y útil para satisfacer los instintos religiosos.

Como se ve, el modernismo no es una herejía parcial ó limitada que ataque unos dogmas y defienda otros; es un sistema nuevo que condensa todas las herejías y confunde en deforme é irrisorio maridaje todas las religiones. En el desenvolvimiento progresivo de la humanidad el catolicismo es, sin duda, dicen, la más pura y perfecta doctrina que haya salido á luz para responder al sentimiento íntimo de los pueblos; y, á este título, es digno de todo respeto. Mas no podrá escapar á la ley fatal de la evolución; y para no perecer, deberá seguir el movimiento moderno de la crítica histórica de la ciencia y de la razón, pues no es depósito inmutable de una revelación divina, sino más bien la expresión del sentimiento religioso que no cesa de sufrir modificaciones y cuya dirección es menester seguir con prudencia.

De aquí que el sacerdote modernista se vea en el vergonzoso caso de proceder con refinada indignidad é hipocresía al imitar á los ministros protestantes de Alemania, quienes no creen en la divinidad de Jesucristo y sin embargo reputan de suma utilidad el predicarla para halagar la piedad del vulgo. De arte que el sacerdote modernista aunque no cree la constitución divina de la Iglesia, continuará sirviendo á la misma Iglesia por interés de la moral pública, y trabajará por la emancipación de la razón y por

la transformación de los dogmas. Celebrará la misa, oirá las confesiones de las personas piadosas, pero se asociará con los incrédulos y con ellos despreciará las antiguas creencias y las ceremonias simbólicas, y opinará que los hombres de talento no han menester de ninguna fórmula religiosa.

* *

Así los fautores del liberalismo doctrinal, maestros consumados de hipocresía, pretenden quedar incorporados á la Iglesia, ejercer las funciones sacerdotales y propagar funestísimos errores. Para llevar al cabo su mal intento, piden con artificiosa insistencia ser admitidos como profesores, directores de Seminarios, oradores sagrados y parlamentarios; y cuando el apostolado de las falsas doctrinas les acarrea reprensiones ó condenaciones, entonces no vacilan en someterse aparentemente á la autoridad legítima, á fin de poder continuar sin tregua ni reposo su oculta labor de rebeldía y destrucción. Si alguien les echa en cara la hipocresía que gastan, contestan con desvergüenza que lo que hoy es inaceptable, mañana será aprobado; porque, añaden, en el curso del progreso hay una lucha necesaria entre los ignorantes refractarios á toda reforma, ó sea los que quieren conservar la Iglesia tal como es, y los novadores acaso demasiado impacientes por mejorar lo porvenir; del choque constante de estas dos opuestas fuerzas va resultando, con sabia lentitud é invencible poder, la evolución de la humanidad.

Los modernistas se jactan de imponer á sus oyentes los sistemas de filosofía, teología, historia y ciencias naturales, etc., que han inventado, sirviéndose de los bárbaros nombres de inmanencia, subconciencia y de otras expresiones cabalísticas. Desde la cima de su orgullo ellos juzgan ser únicos directores de las conciencias humanas y tachan de ignorantes las generaciones que han proclamado

la existencia de Dios y que adoran á Jesucristo. Llámanlas ignorantes porque, según ellos, la existencia de Dios es incognoscible; y porque Jesucristo ha sido divinizado en la imaginación de sus adeptos. De esta suerte han sustituido con la múltiple y efímera infalibilidad individual, la infalibilidad inmutable y permanente de la Iglesia; y han expuesto, además, la Fe á las incesantes fluctuaciones de las hipótesis científicas, históricas y cosmogónicas.

* *

Cierto es que el catolicismo no está sujeto á transformación alguna, porque él es la verdad, y como tal, inmutable. Ni necesita de que se ponga en tela de juicio su carácter divino, ni de que se le adapte á las fantasías del siglo moderno para obtener la simpatía y adhesión de los hombres de buena voluntad. Si la crítica pudiera quitar de este venerable edificio una sola piedra, las otras caerían muy pronto y la ruina sería inevitable. Pero la fuerza y el carácter divino del catolicismo consisten precisamente en que él es depósito de la verdad y de la justicia eternas, y baluarte que protege las conciencias contra las mutaciones caprichosas inherentes á los políticos y filósofos modernistas. Y como la religión se refleja en la moral, no es maravilla que el dogma revelado se conserve en la pureza de su integridad, sirva para reanimar el espíritu cristiano y se oponga al envilecimiento de los caracteres, á la disolución de las familias y á la invasión de las malas costumbres de la época.

Si prescindimos de algunos sacerdotes que por desgracia propagan el error, y de aquellos seglares que apropiándose el título de intelectuales se estiman aptos para comprender las teorías paradójicas de los novadores, el común de la gente nada barrunta de las sutilidades modernistas. A la escuela del modernismo pertenecen aquellos individuos á quienes los austeros preceptos del Evan-

gelio impiden vacar á ciertos placeres y negocios. Querrian ellos adquirir la persuasión, aunque fuera transitoria-mente, de que Dios no les habla por medio de la religión; y por esto el ahinco en sostener que puede uno ser cristiano de corazón y á la vez incrédulo de entendimiento. Encastillados en semejante suposición se forjan una moral que bien se compadece con el simulacro de fe que creen profesar. De aquí que las costumbres depravadas hayan obtenido entre nosotros carta de naturaleza; de aquí la ley del divorcio, la alabanza del adulterio y la supresión de los nacimientos; de aquí que el lujo y la molición destruyan los más respetables patrimonios, y que en cambio surjan fortunas escandalosas como fruto de la usura y del juego; de aquí que los judíos y francmasones gocen de criminal impunidad, y que los poderes públicos basados en el fraude y en la corrupción, arrebaten la Fe á los pueblos, el pan á las familias cristianas indigentes, los consuelos de la religión á los moribundos, el derecho de vivir á las comunidades de religiosos y religiosas que viven consagrados al servicio de Dios y de los pobres; de aquí que los ciudadanos pacíficos se vean obligados á soportar la más gravosa é infamante esclavitud.

Para salir de este lastimoso abatimiento es necesario un despertador de la Fe y del verdadero espíritu cristiano; es necesario que Jesucristo Señor Nuestro, realmente presente y vivo en nuestras iglesias, estreche sus relaciones amorosas personales é íntimas con cada uno de sus hijos. Ojalá que esta sublime manifestación de la vida católica sea efecto de la brutal persecución que estamos presenciando, de la ley de Separación que ha despojado á los católicos de sus bienes, y del anatema que ha herido á los modernistas.

* * *

En realidad de verdad los franceses aún no han perdido la Fe; bien á pesar de la vida un tanto relajada que muchos llevan, podemos asegurar que ellos conservan la esperanza de que sus párrocos, ministros de Dios y depositarios de la verdad, les administrarán en la hora de suprema angustia los últimos sacramentos y que les abrirán las puertas del cielo.

Si esto es así, como lo es, qué escándalo, qué tortura, qué horror no sería para las almas el sospechar siquiera que el sacerdote en quien ellas confían no estuviera convencido de la doctrina que enseñaba; que al subir al altar el ungido del Señor no creyera en la presencia real ni en la divinidad de Jesucristo; que al administrar los Sacramentos el sacerdote pensara ejecutar algunas ceremonias simbólicas para alimentar la piedad de los fieles! Duda tan monstruosa acabaría por destruir en los fieles la religión.

Gracias á Dios Nuestro Señor no acaecerá desgracia semejante, pues tenemos en la augusta persona de Pío X, un Pontífice que vela por el sagrado depósito de la Fe, por la virtud y ciencia de los sacerdotes encargados de predicarla. Nosotros los laicos no debemos inmiscuirnos en el gobierno de la Iglesia, como lo pretendieron las asociaciones culturales, y así el liberalismo que de suyo no produce sino malhadados frutos en la sociedad civil, tampoco invadirá los dominios religiosos.

Sobre las fluctuaciones de la opinión hay una autoridad que viene de Dios y que habla en nombre de Él. Interpreté supremo de esa autoridad es el Papa, quien ha visto el peligro que nos amenaza y con admirable maestría acaba de poner el dedo en la llaga, y de mostrar con evidencia la pendiente resbaladiza por donde los modernistas llegan á la peor de las herejías: al ateísmo.

Consideradas las solemnes declaraciones del Pontífice, los sacerdotes jóvenes se pondrán en cobro contra los

atractivos de las falsas novedades y contra la vana fraseología de los modernos sabios.

Para prevenir ulteriores dificultades quiere Pío x que se emplee severa vigilancia en la elección de los aspirantes al estado eclesiástico, y señala, además, el método que debe informar la educación sacerdotal, no ajena ciertamente al progreso de las ciencias naturales, pero, sobre todo, basada en sólidos estudios de filosofía y teología.

Aquellos que cegados por el orgullo, persistieren en el error, deben ser considerados como enemigos ocultos á quienes es menester desenmascarar y arrojar fuera de la Iglesia, cuya ruina maquinan.

Después de haber provisto á la pureza y unidad del episcopado, el Romano Pontífice verá resplandecer dichas cualidades en todo el clero. Bien podemos, pues, descansar confiados en la firmeza del Vicario de Jesucristo que nos defenderá de las asechanzas de los nuevos reformadores. Estos son, nos dice el Padre Santo, enemigos más peligrosos que aquellos que haciendo guerra abierta á la Iglesia, la robustecen y hermosean con las persecuciones. En efecto, cuando la Iglesia es atacada, despojada, proscrita; cuando al servicio de ella no es posible la satisfacción de intereses humanos, entonces los hipócritas que con la intención de medrar se alistaron en la milicia santa, se apresuran á desertar de la bandera de la Cruz.

Oh Padre Santo! Rendidas gracias damos á Dios por haberos constituido nuestro Jefe, ora para bien de nuestras almas, ora para salvar la verdadera ciencia y la civilización del inminente peligro en que la han puesto los novadores, ora para librar á la Francia y á la Europa toda, de la guerra social y de la barbarie. Nos adherimos de corazón á vuestra Encíclica del 8 de Septiembre magistralmente escrita para conservar la integridad de la fe de los siglos, la única que no cambia, la única que subsiste incólume en medio de las revoluciones y de los cataclismos.

El protestantismo, enseñado por pastores racionalistas que no creen en Jesucristo, morirá seguramente. Los cismáticos, separados de Roma, han secado en sus venas la savia del apostolado y están condenados á la esterilidad. Las religiones humanas se desmoronan á los golpes de la crítica. Sólo el catolicismo, superior á las vicisitudes, hace veinte siglos que responde á las necesidades de todas las naciones, de todas las razas y de todas las clases sociales, á las cuales les lleva la luz y la paz. Vuestra palabra, Beatísimo Padre, defiende victoriosamente la religión que hoy admiramos en todo su esplendor.

EMILIO KELLER
Antiguo Diputado."

LA SANTISIMA TRINIDAD

Y LA CASA DE MARIA

Discurso pronunciado por el Sr. D. Gabriel Rosas en la sesión solemne de la Sociedad de Hijos de la Santísima Trinidad, celebrada el día de su fiesta anual en el presente año.

Reverendo Padre Director.

Señor Presidente; Señores:

Habéis contemplado con inmenso transporte, en este solemne día, á la Beatísima Trinidad en su eterno y adorable Trono; y ciertamente no podemos imaginar, en la ascensión de las criaturas por los espacios infinitos, vuelo más encumbrado que el de las inteligencias anhelantes de su Dios. Para subir tan alto, hemos de traspasar con pensamiento más amplio y poderoso que el de Keplero y el de Herschel la región de las estrellas, salvar el último pedazo de la escala cósmica y seguir nuestra vasta jornada hasta tocar á las puertas de esa ciudad cuyo esplendor y riqueza arrebataron en éxtasis indescriptible al Profeta de

Patmos. Allí habitan ab eterno, circuidos de supremos resplandores y en unión y felicidad perfectísimas, el Padre, Fuente y Principio de la creación y de la vida; el Hijo, Verbo, Imagen substancial y Sabiduría del Padre, y el Espíritu Santo, Paráclito, Caridad y Amor.

¡Quién podrá formarse una imagen fiel de la Casa fabricada en las alturas para perpetua habitación de la Familia divina, y para manifestar Dios á los que le aman y le temen los regalos de su munificencia y de su amor! Los sentidos humanos, que se recrean en las armonías del firmamento en las noches serenas, que perciben las bellezas de la tierra en sus valles, en sus montañas y en sus mares, y nos traen del mundo exterior la fragancia de los aromas y los dulces ritmos de la música, son incapaces para engendrar en nuestra alma el símbolo adecuado de la excelsa Mansión; y esta impotencia tortura á las más poderosas facultades del espíritu, el cual, aunque pesa y mide los astros y adivina sus cursos vertiginosos, no concibe qué Geometría, qué Arquitectura, qué Dinámica y qué Estética fabricaron el palacio de la augusta Trinidad. Sólo sabe que los ideales eternos de estas ciencias existen en el entendimiento increado y que él formó el plan de aquel monumento incomparable. Sus cimientos son incommovibles; sus muros abarcan la inmensidad de Dios, y su cielo es el firmamento de infinitos fulgores de ese Universo sobrenatural donde se espacian las divinas miradas.

Hoy, señores, que se me hace de nuevo el honor de dirigiros la palabra, quiero hablaros de otra Casa, en la cual la insondable Trinidad obró prodigio tál, que fue pasmo de los cielos y dignificación nunca soñada de la tierra. Sólo el amor de Dios á la criatura humana puede hacernos concebir ese suceso grandioso, porque la mente, aun en los genios más altos, no es capaz de comprender cómo un Dios, que es feliz en sí mismo y no há menester nada fuera de su propia esencia, y vive en el palacio cuya

imperfecta idea acabo de exponeros, descienda de tanta magnificencia y gloria á unirse á nuestra pobre naturaleza, y no para gozar de la fortuna que brindan las doradas cunas, las riquezas y el imperio del mundo, sino para tener una existencia dolorosa cuyos albores fueron un establo y cuyo fin fue una oprobiosa Cruz.

Cuando Dios Padre envió al mundo á su Hijo Unigénito, había en él extensas y pomposas ciudades dotadas de templos y palacios. Nada más imponente que sus ruinas, objeto hoy mismo de admiración y de profundo estudio. Era título de gloria haber nacido en Atenas ó en la ciudad de los Césares, porque estas metrópolis representaban el pináculo de la grandeza humana en la sabiduría y en el poder. Otro muy distinto era el teatro donde había de verificarse el drama portentoso de la divina Bondad.

La primera escena pasa en un lugar oscuro de Galilea, región de Palestina. Su nombre, hasta entonces ignorado, es Nazaret, que significa en la lengua santa vástago y flor. Figuráos que divisáis esta pequeña ciudad desde las últimas cimas de Samaria, en lejano horizonte, como un punto blanco que se destaca en las alturas escarpadas que dominan la llanura de Jisreel. Sus casas grises, cuadradas y humildes se extienden sobre la vertiente oriental de dos colinas separadas por una torrencera que traza la gran vía ascendente á Nazaret. Al oriente de la población está el valle donde derrama sus cristalinas ondas la fuente de María. A ella van hoy, semejando estatuas griegas, las mujeres del lugar, á pasos lentos, silenciosos y graves, con el velo flotante sobre sus espaldas, llevando en la cabeza la urna del agua, sostenida por uno de sus brazos. A uno y otro lado de la ruta y esparcidos en los campos vense olivos é higueras, nopales de amplias hojas, almendros y limoneros, que justifican el bello significado de flor que envuelve el nombre de aquel sitio.

Nazaret, aunque pueblo olvidado, está lleno de dul-

zura. Ningún ruido turba su apacible soledad, donde las miradas y el pensamiento de los viajeros se elevan espontáneamente al cielo. Véase allí la casita donde moraba una virgen purísima, de incomparable belleza, dechado de todas las virtudes, y destinada, según los oráculos divinos, para que en su seno inmaculado se realizase la unión del Verbo de Dios con la humanidad.

Aquella pobre morada, adosada á pequeñas grutas, es de poca amplitud. Apenas tiene nueve metros y unos centímetros de longitud y cuatro metros de anchura. Sus muros están formados de piedras que semejan ladrillos, y sólo tiene para recibir aire y luz una pequeña ventana y una puerta. En ese recinto recibió María el mensaje del Arcángel, ministro del Eterno Padre; allí se dijo el diálogo más bello y fecundo de los siglos, que terminó con el sometimiento de la Virgen á las órdenes del cielo; el Espíritu Santo, que con su virtud infinita había sacado la vida del antiguo caos, obró de modo prodigioso para que la tierra diese su fruto, para formar el cuerpecito á que se había de unir la Divinidad; y el Hijo del Altísimo, en quien su Padre tiene toda complacencia y ha puesto todos los primores de su amor, se hizo carne para salvarnos y abrirnos las puertas de la gloria.

¡Dichosa mansión aquélla, iluminada por el sol de Justicia, escenario en la tierra de operaciones tan misteriosas como adorables de la augusta Trinidad! Allí creció Jesús en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres, bajo el gobierno de su tierna Madre y de José, después de haber sufrido largo y penoso destierro en los desiertos de Egipto. En la Casa de Nazaret florecieron, como dice León XIII, ejemplos de vida conyugal y doméstica, que fueron espectáculo digno de los ángeles; en ella se educó Jesús para desempeñar la misión que había traído del cielo; sus toscos muros oyeron la dulce voz del futuro Redentor y le vieron partir á evangelizar á las gentes; y cuan-

do se consumó la tragedia del Calvario fueron santificados con los gemidos y con las lágrimas de la Madre de Jesús, que pasó allí muchos años en oración y en soledad sublime. En la Casa de María celebraron los Apóstoles el divino sacrificio, y ante el sacro altar que en ella levantaron recibía la dolorosa Madre á su Hijo Santísimo en la Hostia Inmaculada.

No permitió el cielo que la habitación donde obra tan estupenda había realizado la augusta Trinidad fuese víctima de las injurias del tiempo y del furor de los enemigos de Cristo. En el año 71 de la Era Cristiana las legiones de Tito Vespasiano devastaron cruelmente á Nazaret, pero los soldados romanos no penetraron hasta el punto donde estaba situado el Domicilio sagrado, el cual permaneció oculto hasta el momento histórico en que debía ser expuesto á la veneración del Universo.

Esta hora llegó en el siglo IV, cuando el dueño del mundo, Constantino el Grande, dio libertad á los cristianos y la Cruz redentora fue adorada en toda la extensión del poderoso imperio romano. Santa Elena, la madre del Monarca inmortal, visitó entonces, bañada en llanto, la casita de María é hizo levantar una hermosa Basílica que la protegiese contra las inclemencias del tiempo. En su magnífica fachada ordenó grabar la piadosa Emperatriz una inscripción que muchos siglos leyeron: "Es este el lugar donde se pusieron los primeros fundamentos de la redención del género humano." Afluyeron en seguida peregrinos de todo el orbe al célebre Santuario, acto piadosísimo, mil veces repetido en cada centuria, como para constituir la prueba evidente de la autenticidad de aquel monumento. Son memorables en la historia de estas peregrinaciones los nombres ilustres de San Petronio, Antonio de Placencia, San Arcolfo, Daniel el ruso, Bernardo de Ascoli, Juan Focas y Juan de Wurzburg.

El más insigne de los peregrinos fue San Luis IX, Rey

de Francia, quien cerró gloriosamente, á mediados del siglo XIII, la éra de las Cruzadas. Fue el Santo aprisionado por el Soldán de Egipto, y para recobrar su libertad hizo voto de ir á Nazaret á visitar la Casa de María. Nada más patético y edificante que la fe y la devoción del gran Rey en aquel lugar, al rendir homenaje á la Virgen por haber roto sus cadenas. Una pintura ejecutada en el siglo XIV, en los sagrados muros, ha perpetuado la memoria de tan señalado suceso.

Salvóse el divino Asilo de la devastación de que fue objeto la Basilica cleniana en 1263, año funesto en que cayó la ciudad nazarena bajo el ominoso yugo del Sultán Bendokdar. La Casa de María, pobre y escondida en parte inferior y subterránea, no podía ser envidiada por los bárbaros, que anhelaban riquezas y cosas preciosas; pero otro fue el designio del cielo para favorecerla en 1291 del hacha demoledora del Califa Saisi, caudillo feroz que había derramado á torrentes la sangre cristiana.

En la noche del 10 de Mayo de aquel año los ángeles arrancaron de sus cimientos el Santuario de la Virgen, é iluminado de luz vivísima, le llevaron por los aires, atravesando gran parte de la Palestina y el Mediterráneo, á una colina de Tersacto, provincia de Dalmacia. Los moradores circunvecinos y remotos pueblos le veneraron con íntima piedad y rindieron amoroso culto á la estatua de la Virgen, transportada dentro del Santuario, obra esculpida en cedro del Líbano por el Apóstol San Lucas. En la colina dalmata permaneció la Santa Casa más de tres años, de donde, por otra misteriosa disposición del cielo, los ángeles tornaron á levantarla, el 10 de Diciembre de 1294, y la condujeron por las alturas del mar Adriático á un bosque de la península itálica, situado en la Marca de Ancona, conocido con el nombre de Loreto. Ocho meses después la Santa Casa fue milagrosamente transportada á una bella eminencia, no muy distante del bosque, cerca del camino

que conducía de Recanati al mar, y por último los mensajeros de Dios la depositaron en el sitio poético que hoy ocupa, sobre terreno que era antes vía pública, no lejos de las azules aguas del Adriático. Estas diferentes Traslaciones hicieron patente á todo el orbe cristiano la verdad del prodigio.

Allí está hace más de seis siglos la Casa de María, sin bases ó cimientos ni sostén alguno lateral. Una suntuosa Basilica, superior á la elevada en Nazaret por Santa Elena, cobija bajo su grandiosa cúpula la veneranda Mansión, y muros de mármol, de inmensa riqueza por los bajo-relieves que en ellos han esculpido los más grandes artistas de Italia, protegen sus vetustas paredes sin tocarlas en parte alguna.

¡Quién contará, señores, las generaciones cristianas que han ido en solemne y jamás interrumpida peregrinación á la Santa Casa, para venerar el pobre edificio de la divina Encarnación y glorificar á la Virgen lauretana! ¡Quién podrá escribir los milagros y prodigios de fe que se han cumplido en aquel recinto y los beneficios que ha hecho la Madre de Dios á los que la han invocado en todo el mundo con fe en la autenticidad de su Casa y de su Imagen bendita!

Allí se han postrado con reverencia profunda, santos, reyes, sabios, filósofos, legisladores, artistas, capitanes y millones de cristianos; 47 Pontífices han proclamado la verdad de las divinas Traslaciones y enriquecido la Santa Casa de privilegios y gracias; los poetas han cantado las glorias lauretanas con estro sublime; centenares de escritores han dedicado su pluma á narrar la historia del Santuario, y el Arte le ha rendido precioso tributo, ora en cánticos y músicas de indecible dulzura, ora en pinturas y frescos que representan el transporte de la Casa por los vientos en manos de ángeles.

Napoleón I despojó el Santuario de las joyas, de las

piedras preciosas y de todos los innumerables obsequios con que la piedad de los siglos le había enriquecido; y si hoy se levantara de su tumba aquel guerrero, á quien el rayo del cielo hirió de muerte en la jornada de Waterloo, caería de rodillas ante la Casa de María, al ver que, mientras el soplo del tiempo ha borrado los fulgores de su espada, la Virgen lauretana es glorificada, ciñe sus sienes áurea corona, está vestida con un manto de reluciente pedrería, y posee un vasto y suntuoso Salón, donde se guardan en 61 armarios los magníficos regalos que el siglo XIX y los primeros años del presente han depositado en sus altares.

Mas no creáis que la heredad nazarena ha estado libre de la contradicción. No tuvo enemigos en los dos primeros siglos. Suscitólos primero el Protestantismo y luego el Filosofismo del siglo XVIII. En la época actual le han declarado abierta guerra el Modernismo y la Crítica racionalista. Pero allá está el Santuario, publicando con elocuencia muda y majestuosa, que vino del Oriente para santificar y bendecir á los pueblos de Occidente. Nadie ha podido decir quién construyó esos muros ni cuál fue el inventor de la veneranda tradición; y si hay espíritus extraviados que la niegan, adalides diestros y valerosos la han defendido, á la luz de la Historia y de la Ciencia, hasta alcanzar completa victoria.

El célebre Instituto conocido con el nombre de *Congregación Universal de la Santa Casa*, es el constante pregonero de las glorias lauretanas, el guardián del sagrado Asilo y el repartidor de sus gracias por todo el orbe cristiano. El tiene en la capital de Colombia altares que han perpetuado el fervoroso culto que en dos tiempos del Virreinato se tributó á la Virgen de Loreto, y hoy cuenta con un representante encargado por el Superior de aquella insigne Corporación de hacer conocer y amar la Santa Casa y de que sean partícipes los católicos co-

lombianos de las mismas gracias y dones que la Iglesia dispensa á los que visitan la gran Basilica.

Sorpréndense los viajeros al pie de las Pirámides de Egipto ó ante las ruinas seculares de Pompeya. La Casa de María es mil veces más imponente y majestuosa que aquellos monumentos, porque el Padre la conserva de modo milagroso como el tabernáculo más augusto de la tierra; el Hijo la ama, porque allí encarnó y pasó la mayor parte de su vida, y el Espíritu Santo la perfuma con hálitos divinos, porque Él obró en su seno inefable portento y cubrió con sus Alas á la Reina de los Cielos.

CONGREGACION

DE LA DOCTRINA CRISTIANA

(Extracto de los informes rendidos por algunos Sres. Vicarios, en cumplimiento de la Circular del Illmo. y Rdmo. Sr. Arzobispo Primado, fechada el 21 de Enero del presente año)

VICARÍA DE SUSA

Simijaca. Hay 10 catecismos. El Párroco hace la instrucción doctrinal los domingos antes de misa.

Fúquene. Ha disminuído considerablemente el número de niños que asistían al catecismo. El Párroco hace la instrucción doctrinal á las 12 m., los domingos.

Susa. Establecida canónicamente la Congregación, cuenta con 11 Catequistas y una Presidenta. El Párroco hace los domingos dos instrucciones: una de media hora antes de misa y otra á las 12 m.

VICARÍA DE VILLETÁ

Sasaima. Sólo advierte el Sr. Vicario que está establecida la Congregación.

Quebradanegra. Aún no se ha erigido canónicamente la

Congregación. El Párroco enseña la doctrina en la iglesia y concurren cerca de 80 niños.

Ulica. Además del catecismo principal en la población al cual concurren 120 niños, hay dos catecismos secundarios en el campo; al primero asisten 40 niños, y al segundo 25. No se ha erigido canónicamente la Congregación.

Villela. Sólo existe un catecismo. Los secundarios se acabaron por falta de Catequistas y porque la suma pobreza de los niños les impide asistir á la doctrina. La Congregación está canónicamente erigida y tiene Presidente, Secretario, Tesorero, 10 Catequistas, 2 examinadores, 2 auxiliares, 2 bienhechores y 130 alumnos. El Párroco hace la instrucción. Se han verificado con puntualidad los exámenes y distribuido premios.

VICARÍA DE GUASCA

Guasca. La Congregación está canónicamente erigida y tiene los empleados respectivos, según lo prescribe el Reglamento. Al catecismo principal, dividido en varias clases, asisten de 400 á 500 niños, los domingos. El Director hace la instrucción durante un cuarto de hora. En las cinco escuelas rurales y en las dos urbanas oficiales se enseña la doctrina. Hay algunos catecismos rurales para los niños que no pueden asistir á las escuelas.

Guatavita. No se ha erigido canónicamente la Congregación. En las siete escuelas que hay en la Parroquia se da la enseñanza de la doctrina. Los domingos, después de la misa parroquial, se enseña el catecismo á todos los fieles, y el Director hace la instrucción. El Sr. Vicario manifestó al señor Cura que el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Primado deseaba que en todas las Parroquias se erigiera canónicamente la Congregación, á fin de uniformar la enseñanza y para que los fieles no perdieran las indulgencias concedidas á la Congregación. Recomendó además el mismo Sr. Vicario que al erigirse la Congregación se observara el Reglamento.

Sesquilé. No está erigida canónicamente la Congregación. El Párroco enseña la doctrina los domingos, durante una hora en instrucciones familiares, á las que asiste considerable nú-

mero de fieles. En las escuelas urbanas y en las cuatro rurales de la Parroquia se enseña la doctrina.

VICARÍA DE FUNZA

Funza. Se da la enseñanza del catecismo en cuatro Colegios privados, ocho escuelas públicas y una rural. La Congregación fue erigida canónicamente. Hay 20 catecismos en la población con más de 500 niños, y 2 en el campo. La Congregación no cuenta con fondos para subvenir á los gastos necesarios.

Madrid. Está erigida canónicamente la Congregación. Hay varios catecismos en la población, á los cuales asisten 54 niños. El Párroco lleva los registros correspondientes.

Fontibón. Hay 6 catecismos en la población con 180 alumnos, y 2 catecismos en el campo. El Párroco hace la instrucción los domingos á la 1 p. m.

VICARÍA DE LA PALMA

La Palma. Está erigida canónicamente la Congregación. El Secretario lleva los registros y la lista general. El Tesorero maneja escrupulosamente los fondos; han entrado \$ 825, y se han gastado \$ 800. Al catecismo principal asisten 360 niños, divididos en doce clases, de acuerdo con los 12 cuadros que se han fijado en la iglesia. Los catecismos secundarios cuentan con 49 alumnos. Se han verificado las juntas mensuales.

Caparrapi. Está erigida canónicamente la Congregación, con 10 Catequistas y 10 auxiliares para el catecismo principal. Hay 15 catecismos secundarios con 260 alumnos. El Párroco revisa pero no lleva personalmente los registros; hace la instrucción dos veces por semana, y preside las juntas. El Tesorero lleva las cuentas. Los socios contribuyentes dan una cuota mensual, que asciende á \$ 500. El Director se queja del poco interés de algunos examinadores. El catecismo principal cuenta con 300 niños divididos en doce clases, según el Reglamento.

La Peña. Al catecismo de la iglesia asisten 260 niños, y 265 á los secundarios. El Tesorero lleva un apunte del dinero colectado y de los gastos, los cuales en el presente año han sido

por valor de \$ 890. El Párroco manifiesta que hay poca puntualidad en la asistencia de los niños. El Presidente-Secretario es persona celosa. El catecismo principal está dividido en ocho clases.

VICARÍA DE LA VEGA

La Vega. No está erigida canónicamente la Congregación. El señor Cura, asociado al sacristán, enseña la doctrina en la iglesia los domingos antes de la misa parroquial, porque los Catequistas que ofrecieron sus servicios no tardaron en excusarse por ser muy ocupados. Al catecismo de la iglesia asisten 90 niños.

San Francisco de Sales. No está canónicamente erigida la Congregación. Las Directoras de las escuelas hacen de Suplenentes de la Congregación, y algunas personas piadosas desempeñan el oficio de Catequistas. La Secretaria lleva las listas. Al catecismo de la iglesia asisten unos 80 niños, y 25 á los de los campos. El Párroco hace la instrucción cada quince días.

Vergara. Está canónicamente erigida la Congregación y tiene Presidente, Tesorero, Secretario y 12 Catequistas. Al catecismo principal asisten 160 niños. Hay además 3 catecismos secundarios con 90 niños. Los empleados y Catequistas trabajan con gusto y celo en la santa obra de enseñar la doctrina.

Nocaima. Está erigida canónicamente la Congregación. El Párroco ha convocado tres juntas para establecer formalmente la enseñanza, pero no ha hallado cooperación alguna en los vecinos, y las personas en quienes el señor Cura confiaba para encargarse como Catequistas, creen que implica desdoro el oficio de enseñar la doctrina. Al catecismo que hace el Párroco en la iglesia asisten 220 niños. El único socio bienhechor es el Párroco, quien lleva también las listas. Ningún vecino quiere hacer parte de la Congregación.

VICARÍA DE LENGUAZQUE

Guachetá. En esta Parroquia se erigió canónicamente la Congregación el 6 de Septiembre de 1906. Cuenta con los respectivos empleados: Presidenta, Secretaria, siete Catequistas, un examinador y un socio auxiliar. La Secretaria lleva el libro

de registro solamente, ¡pues falta el cuaderno para anotar lo resuelto en las juntas mensuales. El señor Cura hace la instrucción los domingos de las dos á las tres de la tarde y preside las reuniones mensuales. Asisten al catecismo de la Parroquia de 40 á 100 niños, y están divididos en seis clases. En los campos hay 10 catecismos que cuentan con 280 niños. A los niños se les hacen los retiros mensuales y se les prepara para la comunión y la confesión. No hay socios bienhechores, y según informe del señor Cura los padres de familia se muestran indiferentes para enviar á sus hijos tanto á la doctrina de la Parroquia como á la de los campos.

Cucunubá. Se erigió canónicamente la Congregación el 30 de Septiembre de 1906, con sus respectivos empleados, excepto los socios bienhechores. El número de Catequistas es de 38, 27 auxiliares y 2 examinadoras. La Presidenta recibe á las socias y la Secretaria lleva los libros respectivos, tanto el de registro como el de las reuniones mensuales, son personas abnegadas y celosas. El señor Cura no puede hacer todos los domingos la instrucción, por mala salud. A este catecismo, dividido en tres clases, asisten 50, á los secundarios asisten 300. Se nota bastante descuido en los padres de familia, y por esto los niños han adelantado muy poco.

Lenguazaque. En esta Parroquia se erigió la Congregación canónicamente el 4 de Septiembre de 1906, con sus respectivos empleados. En el libro de registro de la Congregación, que lleva el Párroco, aparecen 112 socias y 50 socios, entre Catequistas, auxiliares y examinadores. Los empleados trabajan con abnegación y secundan al Párroco en todo lo que mira á la buena marcha de la Congregación. Todos los domingos se hace la instrucción de la una á las dos; á este catecismo asisten ordinariamente 80 niños, divididos en seis clases, y á los secundarios que están establecidos en cada vereda, asisten unos 300. La Congregación no tiene reuniones mensuales, pero en los retiros de las Hijas de María que se hacen mensualmente, se trata de esta materia, por pertenecer las Hijas de María á la Congregación de la Doctrina Cristiana. Para preparar á los niños de primera confesión y comunión hay socias á quienes se les

ha asignado este oficio y el Párroco también coadyuva. Hay repetidas quejas de las Catequistas de los campos, respecto á algunos padres que no quieren enviar á los niños á la doctrina.

MI NUEVO COADJUTOR

Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés.

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

CAPITULO XII

REPARACIONES EN EL TEMPLO

Mucho me temo que la irritabilidad desnaturalice el carácter del Padre Letheby. Acaso trabaja con exceso. Declaro que no me agradaría tenerle por huésped, pues lo veo tan preocupado y atareado como un obispo. ¿Será su irritabilidad consecuencia del uso de esa pócima llamada café?

Sea como fuere, lo cierto es que mi coadjutor va perdiendo el magnífico entusiasmo y la hermosa ecuanimidad de espíritu que le hacían tan simpático.

—Estas gentes son incomprensibles—me dijo algunos días después de su aventura con los mozos.—Hay en ellas una mezcla extraña de devoción y de irreverencia, de bajeza y de generosidad, de astucia y de franqueza infantil. Cuando, con usted, administro la sagrada comunión, los domingos por la mañana, el corazón se me inunda de gozo viendo los seráficos ardores con que se aproximan á la santa mesa. Al mirarlos con el pecho palpitante y con las pupilas resplandecientes de fervor, y al oírlos exclamar: "Bienvenido, señor, sed mil y mil veces bienvenido!" doy gracias á Dios por habernos concedido tan buenos feligreses. Pero apenas se han pronunciado las últimas palabras del *De profundis*, cuando los veo atropellarse para salir de la iglesia, cual si estuviesen poseídos de terror pánico. No me explico por qué *ex templo* pueda significar *apresurados*; pero, si el techo se desplomara no saldrían con mayor prisa. Otras veces, veo á una ancianita regatear céntimo por céntimo un par de pollos, y al siguiente día, esa misma mujer viene á ofrecer

sus ahorrillos, guardados en una media, para las atenciones del culto. ... Renuncio á comprender á estas gentes: son incomprensibles.

De todo esto deduje que nuestra gran maestra, la experiencia, andaba ocupada en enseñar, á palmetazos, á un discípulo henchido de ilusiones y de esperanzas.

—¿Supongo que esos bruscos contrastes no existirán en Jacobo Deady, el protegido de usted?... Doy por hecho que realiza el ideal de un *Gobán Saor* (1) del presente siglo.

Mi coadjutor soltó la carcajada, exclamando:

—¡Ni qué decir tiene!

Observé que el Padre Letheby iba abandonando su lenguaje pulquérrimamente castizo para adoptar nuestras expresiones familiares. "Te pondrás al nivel de todos..." ¡No lo permita Dios! ... Ya basta con que á mí me haya ocurrido tal desgracia. ... ¡Sería lamentabilísimo que le ocurriera á un hombre tan joven, tan inteligente y tan cabal!

Entonces me refirió, entre satisfecho y contrariado, entre enojado y sonriente, lo que le sucedía con Jacobo.

Según parece habían hecho un solemne contrato verbal, por virtud del cual el maestro albañil se comprometía á reparar las grietas de la techumbre y del muro de la capilla de San José, mediante la cantidad de veinticinco chelines. "Realmente es poquísimo" había dicho Jacobo, "pero no es posible conseguir más de un señor que no sabe distinguir una cornisa de un alero." Además los materiales para la obra correrían á cargo del maestro albañil.

El lunes, poco antes de la hora del almuerzo, se presentó Jacobo en casa del Padre Letheby.

—¡Hola! maestro—dijo con animación mi coadjutor,—¿cómo va esa obra?

—¡Perfectamente! señor vicario, ¡perfectamente! Vengo por la escalera.

—¿Por la escalera?

—Sí, señor vicario,—advirtió Jacobo confidencialmente,—por la escalera para subir al techo, ¿sabe usted?

(1) Arquitecto irlandés muy célebre.

—Pero, ¿no me ha dicho usted que la obra iba perfectamente?

—Sí, señor vicario; los preliminares de la obra van perfectamente. Pero es preciso que yo suba al tejado.

—Esa es mi opinión—contestó mi coadjutor, algo desconcertado.—¿Por qué no sube usted?

—¿Me toma el señor vicario por una águila y cree que tengo alas?

—Por una águila precisamente no—murmuró, con leve inflexión de ironía, el Padre Letheby.—En todo caso tomaría á usted por un ruiseñor.

—Bueno; pues entonces—dijo Jacobo, lisonjeado por la alusión en elogio de su voz,—un señor tan competente como usted en materias de construcción, no ignorará que para esta obra de reparación es absolutamente indispensable una escalera.

—¿Pretende usted que yo fabrique una?

—¡Nada de eso, señor vicario! Si usted me da una esquila para los señores del castillo, tendremos en seguida la escalera que necesitamos.

Por razones especiales el Padre Letheby no se hallaba muy deseoso de pedir un nuevo favor á los señores del castillo. Mas, comoquiera que no había otro recurso, escribió y entregó á Jacobo la esquila, diciéndole:

—¿No desea usted nada más?

—Nada más—contestó el albañil.—¿Acaso iba yo á estar molestando á cada momento? Señor vicario, Dios conceda á usted larga vida y lo conserve aquí para bien de esta parroquia.

A eso de las cuatro de la tarde, mi coadjutor observó que algo inusitado sucedía en el pueblo. Todos los perros ladraban—y en Kilronan hay tantos perros como en Constantinopla;—todas las mujeres se asomaban á las puertas de las casas, enjugándose las manos en los delantales, y todos los holgazanes miraban llegar una procesión que principió á desfilarse por la calle.

Rompía marcha un pelotón de chicos cantando el estribillo de la canción popular: *Somos los mozos de Wesford*; seguían

los obreros agarrados á los extremos superiores de una escalera, con tanto ahinco y con tan aparente cuidado cual si fuesen custodiando un monumento; luego avanzaba un carro en el que iba la escalera; después, otros dos obreros, agarrados á los extremos inferiores de la escalera, imitaban dignamente la conducta de los camaradas que caminaban delante; tras ellos, brincando y alborotando, surgía un grupo de muchachuelas descalzas y desgredadas; por último, el jefe de la expedición, Jacobo Deady, andaba majestáticamente, con las manos en los bolsillos y un palillo de dientes en la boca, provocando la admiración del vecindario.

La admiración se manifestaba en muy distintas formas:

—¡Vaya con Jacobo! ¡Eres el mismísimo diablo!

—¿Dónde lleváis eso?

—¿Vais á la capilla?

—¡Bueno! ¡Yo creía que los sacerdotes tenían más juicio!...

—¿Veis cómo ha sabido conseguir trabajo del nuevo coadjutor?

—¿El trabajo antiguo?

—¡Por supuesto!

—¡Dios ampare á su pobre mujer! ¡Buena se le prepara!...

Los obreros hicieron esfuerzos desesperados al pasar ante las ventanas de la casa del Padre Letheby. Este los miró con asombro, sin descifrar aquella especie de charada.

A las seis llegó á la puerta de la vivienda de mi coadjutor una comisión formada por cuatro obreros y por el dueño del carro.

—Señor vicario—exclamó, con gran aplomo, el jefe de la comisión,—venimos á cobrar nuestro jornal de hoy.

—¿Ah, sí?—contestó el Padre Letheby.—Ignoraba que ustedes trabajasen por mi cuenta y orden.

—Hemos llevado la escalera desde el castillo hasta la iglesia; la faena ha sido dura. Por mi parte, aun cuando me pagasen cinco chelines, no volvería á hacerla.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Tampoco yo.

—Oigan; si han creído que iba yo á prestarme á ser víctima de una infame estafa, se han equivocado completamente. Yo no les he mandado trabajar, y yo no debo á ustedes nada.

—¿Esto quiere decir que no nos paga usted, señor vicario?—exclamó el jefe de la comisión, traduciendo libremente.

—Precisamente—contestó mi coadjutor, dándoles con la pueta en las narices.

Sin hacerles caso, los oyó en la calle murmurar y amenazar. Un rato después, salió á dar su paseo de costumbre. Se encontró á los obreros holgazaneando junto á la taberna. Habían pasado el rato hablando mal del vicario; al verlo le dispararon algunas flechas, como los antiguos Partos.

—¡Está bien! ¡Es curioso querer que se trabaje gratis!

—¡Vaya! Hasta ahora habíamos creído que los sacerdotes no hacían daño á los pobres trabajadores.

Menos mal que, al volver la esquina, encontró pruebas abundantes de simpatía.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Hacía falta que viniera usted á este pueblo, para administrarles esa lección á los holgazanes, borrachones.

—¡Bravo, señor vicario! Dios lo ha enviado á usted á Kilronan.

No hay duda de que con un chelín—cantidad suficiente para que bebiesen un jarro de cerveza—se hubiese granjeado mi coadjutor la adhesión eterna de los obreros, amén de una gran popularidad. Así se lo dije.

—Jamás—me contestó, irguiéndose y mirándome con relampagueantes pupilas,—jamás transigiré con esas prácticas desmoralizadoras. Es necesario que saquemos á este pueblo del fango en que yace.

A la mañana siguiente consideró oportuno examinar el adelanto de los trabajos acometidos por Jacobo. Bajó á la iglesia y entró en la sacristía desde la cual podía ver perfectamente el techo de la capilla de San José.

Jacobo estaba allí tranquilamente ocupado en no hacer nada, y junto á la tapia del cementerio había ocho hombres, de distintas edades, contemplando el trabajo y brindando al bañil todo linaje de consejos útiles.

Véanse algunas muestras:

—Mucho cuidado, Jacobo; no te precipites; mira que puedes matarte.

—¡Qué lástima que haya perdido la voz! ¡Daba gusto oírle picar las notas!

—Dicen por ahí—exclamó un jovencuelo,—que el señor vicario va á encargar la dirección del nuevo coro á Simón Barry; porque Simón es tenor, y Jacobo no es más que barítono.

—Cállate la boca, ganso—observó otro;—Jacobo canta veinte veces mejor que Simón.

—Anda, Jacobo, ensáya aquella hermosa romanza: *¡Hace ya muchos años que no nos vemos!*

—No, no—murmuraron los demás;—cántanos: *Larry Mac-Gee*.

—Bueno, bueno, muchachos; ¿quién de vosotros va á traerme un jarro de cerveza de casa de la señora Haley? Por acá se siente mucho la sed.

—¡Vaya—dijeron los otros, reuniendo á prorrates los veinte céntimos indispensables.—Pero es inútil que pidas más.

—Oye, Jacobo—insinuó un espectador concienzudo, creo que no puedes beber; aún no se ha cumplido el plazo de tu voto de abstinencia.

—Se ha cumplido—contestó otro.—El voto fue por tres meses, que ayer terminaron.

—¿Eh? ¡Basta de majaderías!—exclamó Jacobo, algo azorado ante la idea de escandalizar al pueblo.—He prometido solemnemente no beber en la taberna; pero, gracias á Dios, esto no es una taberna.

Los espectadores saludaron respetuosamente al fiel cumplimiento de su voto; llegó la cerveza; con infinitas precauciones y con toda solemnidad la subieron á lo alto de la escalera. Transcurridos algunos minutos, el Padre Letheby oyó:

—Muchachos, ¿pero qué queréis que os cante? ¡Me he dejado los papeles de música encima del piano!

—¡*Larry Mac-Gee!* ¡*Larry Mac-Gee!*

—¡No! ¡No! Cánta: *¡Hace ya muchos años que no nos vemos!*

—¡No! ¡No! *¡Los mozos de Wesford!*

—Muchachos, veo que la mayoría pide *Larry Mac-Gee*. ¡Seal! ¡A vuestra salud!

Y entonces, desde el tejado, envuelta en trinos y gorjeos, como lluvia musical, cayó una romanza, de la cual mi coadjutor recordaba estos fragmentos:

Yo soy Larry Mac-Gee
Y de Kilinné soy yo,
Y dicen que del demonio
Yo soy el hijo mayor.

Tengo un mulo y tengo un cerdo,
Pero no tengo mujer,
Y si está sucia mi casa,
Sucia mi alma está también!...

Luégo, por obra de la impetuosidad del viento, las notas llegaron truncadas, confusas, de un modo irregular. Todo lo que mi coadjutor pudo entender fue que había una tal señorita Brady, muy bien educada, á la cual solicitó por esposa Larry Mac-Gee. La solicitud debió ser acogida favorablemente, porque, cuando se calmó el viento, llegaron claramente á oídos del Padre Letheby estas palabras:

Ya se cuecen las patatas
En la lumbre del fógón;
Ya los pollos se enternecen
Puestos en el asador.

Y la gente baila y baila,
Y con júbilo y placer,
Todos celebran la boda
Del buen Larry Mac-Gee.

Como se ve, la romanza no carecía de interés; pero la cólera de mi vicario iba en *crescendo* más rápido que la música. Salió al cementerio. El auditorio huyó precipitadamente. Jacobo que se llevaba á los labios el jarro de cerveza, miró con filosófica tranquilidad al Padre Letheby.

—Señor Deady — dijo, con sequedad, mi coadjutor, — á pesar de lo mucho que estimo su habilidad musical, creo que no he contratado á usted para dar un concierto á los vecinos de

este pueblo. Le he contratado para trabajar; y comoquiera que pago puntualmente, debe usted trabajar concienzudamente.

—¡Tiene gracia! — contestó el albañil sin desconcertarse. Aun cuando yo fuera turco ó armenio, supongo que se me permitiría comer.

—Pero esta no es la hora de la comida.

—Yo cómo siempre de las doce á la una, excepto cuando trabajo en el castillo; entonces, para comodidad mía, aplazan la comida hasta las ocho.

Esto era una alusión irónicamente solapada á mi coadjutor, que la comprendió.

—¿Acaso la comida de usted se compone única y exclusivamente de esa abominable cerveza?

—Sí, señor vicario; excepto cuando comemos juntos el capitán y yo. Entonces tenemos *rosbif* y *champagne*.

Todos estos detalles me los dio mi coadjutor, entre exclamaciones y miradas de cólera y asombro.

—No he visto pueblo como este pueblo. Nunca llegaré á comprenderlo — murmuró en impetuoso y magnífico arranque oratorio.

—Dígame — le pregunté, sin miedo á molestarle, pues no le disgustaba que yo le hablase francamente. — ¿Hace usted con regularidad perfecta la meditación cotidiana?

—Sí, señor rector; la hago con perfección relativa.

—Muy bien — le dije; — porque, independientemente de los beneficios espirituales que la meditación encierra, el cerrar los ojos todos los días y el contemplar atentamente el estado de nuestra alma, resulta un bálsamo, un sedante de prodigiosa eficacia. La soledad es la patria de los fuertes. Pasma y asombra la cantidad de irritación que los objetos exteriores proyectan, por las ventanas del alma, sobre nuestra retina, y ya en ella, concentrándose como las llamas en el hogar, producen el efecto de una lente que actúa sobre lo que pudiéramos llamar el sistema nervioso del alma. Cerrar los ojos y concentrarnos, es algo así como el sueño, y también como el sueño, nos calma y nos tonifica. Ahora bien, ¿me permite usted que le ofrezca tema adecuado para una meditación?

—Con muchísimo gusto, señor rector — me contestó, dócil como un niño.

—Lo único que á usted le falta para ser perfecto, es dominar esa impetuosidad que le caracteriza. La observo en todo. Probablemente es cuestión de temperamento. Probablemente se aumentó con la vida febricitante que se vive en las grandes urbes. ¡Bueno! Me considero autorizado para dar un consejo sobre este punto, porque en otro tiempo me dieron un consejo análogo, y me fue muy provechoso. Cuando yo era joven como usted, celebraba la misa en veinte minutos, y despachaba mis rezos en cuarenta. ¿Cómo? Apenas si penetraba el sentido de las palabras; le hablaba al Todopoderoso como si le estuviese recitando una balada, y durante muchísimos años cumplí estos altísimos y sagrados deberes sin detenerme á averiguar su significado sublime. Cierta día, un anciano sacerdote me dijo:

"Amigo, ¿quiere usted darme una mediana traducción de la primer estrofa del himno de Tercia?"

Me quedé perplejo. Lo notó.

"¡Bueno!" continuó. "Me basta con que me explique lo que quiere decir: *Factus sum sicut uter in pruina* (1). Esto lo recita usted casi todos los días."

"¡Imposible!"

"*Herodii domus dux est eorum* (2). ¿Qué significa esta frase?"

Hice un tímido ensayo y traduje audazmente: "La casa de Herodes está ante él."

El venerable anciano me miró sonriendo y me recomendó que consultase la Biblia. Obedecí, y adquirí el convencimiento de que, por espacio de muchos años, me había dirigido al Todopoderoso en un idioma que me era completamente desconocido. ¡Y eso lo llamaba yo rezar!

El Padre Letheby estaba como humillado.

—Es muy cierto lo que usted me dice, señor rector; y cuando se comienzan los Maitines á las once de la noche, y cuando se trata de rezar Visperas y Completas, á la luz de un mechero de gas, en la calle, diez minutos antes de la media noche, se comprende más y mejor lo absurdo que es orar de

(1) Estoy cual una odre expuesta á la escarcha.

(2) La casa de Herodes es su guía.

ese modo. En Inglaterra tenía yo un compañero muy concienzudo: comenzaba el rezo de Prima á las diez de la noche, pero encendía siempre una bujía, con objeto de no contradecirse mucho al recitar el *San lucis orlo sidere* (1). ¿Verdad que es curioso que, en el colegio, no hayamos aprendido la traducción verdadera de los Salmos?

—Volviendo á nuestro asunto, impóngase como regla de conducta emplear media hora en los Maitines y Laudes; veinte minutos en las Horas canónicas; un cuarto de hora en las Visperas y Completas; y no emprenda ninguna cosa hasta haber invertido ese tiempo en el rezo. Nunca recite usted los Oficios de memoria, aun cuando se los sepa perfectísimamente. Léalos, palabra por palabra, en el Breviario. Este consejo no es mío: es de San Carlos Borromeo. Consagre media hora á la celebración del santo sacrificio de la Misa. Esto le resultará difícil al principio; pero luégo se irá acostumbrando. En fin, hábitese á andar lentamente y á hablar suave y tranquilamente.

—¡Usted quiere cortarme las alas y ponerme plomo en los pies!

—¿Ha oído usted hablar de Miguel Montaigne?

—Sí, señor; pero no sé nada de él.

—Es suficiente. Montaigne no gana mucho con que se le conozca más. Su padre le hacía calzar zapatos de plomo, para enseñarle á que saltase más y mejor. Eso es lo que yo quiero hacer con usted. Pero, ¿qué estábamos diciendo? ¡Ah! Sí. Trate á las gentes con más suavidad. No crea que es posible neutralizar en un solo día la obra de tres siglos.

—Y sin embargo, cuando estas gentes se marchan á Inglaterra ó á América, se colocan á la cabeza de la civilización. Entonces parece como si recibieran de golpe todas las gracias de una vida más elevada.

—Precisamente; esa es la cuestión eterna de la influencia del medio en que se vive. Pero en este ambiente, es fuerza que se arme usted de muchísima paciencia.

(1) Nacido ya el astro de la luz.

—Lo que más me mortifica — observó mi coadjutor, — es que hay en nuestros feligreses un fondo de santidad, y sin embargo (véase como ejemplo ese insensato Deady), es descorazonador no ya su insolencia, sino su falta absoluta de conciencia.

—¡No le haga caso! En este momento está atosigado por los remordimientos de su proceder. En seguida se irá á hacer confesión general con su mujer. Esta lo abrumará con insultos y necesidades, afeándole el pecado de haber hablado irrespetuosamente á un ministro del Señor. Entonces, el pecador beberá, hasta hembriagarse, para ahogar la voz de la conciencia; en medio de la embriaguez zurrará á su esposa, y finalmente, enfermo, abochornado, contrito irá á pedirle á usted perdón y á pronunciar voto solemne de abstinencia perpetua en el beber.

—¡Es lamentable! — murmuró mi vicario.

Al domingo siguiente, el Padre Letheby recuperó todos los prestigios que pudiera haber perdido y conquistó renombre inmortal en el partido de *football* concertado entre los dos bandos: *Los Santos Terrores*, de Kilronan, y *Los aullidos de lobos*, de Moydore. Los atléticos rivales le pidieron que lanzase el balón; mi coadjutor lo lanzó derechamente á setenta ú ochenta pies de altura, haciendo que cayese casi en el mismo punto de partida. Los espectadores lanzaron ¡bravos! calurosos.

El entusiasmo rayó en delirio cuando el Padre Letheby hizo que el balón describiese una semi-parábola, á seis pies de altura sobre el suelo, para caer justa y precisamente entre las dos señales que indicaban el límite. Los mozos de Kilronan, locos con su vicario, se enardecieron y derrotaron magníficamente á sus adversarios.

Y hasta se oyó que uno de los admiradores, apoyándose pesadamente en el bastón, exclamaba: — ¡Dios mío! ¡Si quisiera guiarnos y dirigirnos!

(Continuará)

⌘ MISCELANEA ⌘

Pésame—Muy sentido y respetuoso lo enviamos al Illmo. y Revdmo. Señor Arzobispo Primado con ocasión de la muerte del Sr. D. Nepomuceno Santamaría, acaecida en esta ciudad el 29 del pasado mes.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año IV—Vol. IV { Octubre 15 de 1909 } Núm. 22

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

CIRCULAR

Señor Cura de....

No pocos de nuestros muy amados hijos, los enfermos que demoran en Agua de Dios, carecen actualmente de lo indispensable para cubrir su desnudez. Con el propósito de proveer en lo posible á dichas necesidades nos dirigimos á usted, señor Cura, á fin de que, después de leer en público la presente Circular, haga formal y eficaz llamamiento á la caridad de los fieles que le han sido encomendados, y solicite de ellos una limosna para subvenir á las apremiantes necesidades referidas.

No será inútil advertir que los fieles pueden dar de limosna ropa nueva ó usada; ó dinero para comprarla.

Los subsidios allegados deberán ser enviados al R. P. Evasio Rabagliati, en esta ciudad; y usted nos dará cuenta de lo que se haga en esa parroquia en atención á esta Circular.

Dios guarde á usted.

† BERNARDO
Arzobispo de Bogotá.

Bogotá, Octubre 15 de 1909.